

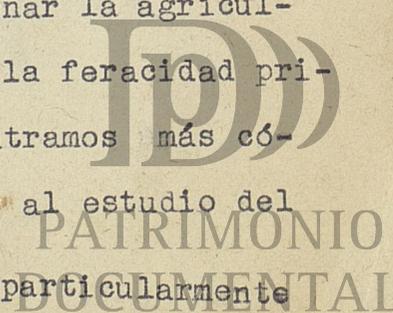
EL MEDICO

Por José Agustín Millán.

Ab uno disce omnes.  
Todos son iguales.  
(Trad. libre).

Sería preciso poseer la festiva pluma, la gracia y el satirico látigo del maligno escritor del tipo "El médico de campo" para bosquejar al médico en general y formar un cuadro tal que fuese digno de colocarse al lado de aquel bien trazado boceto, tan lleno de verdad y de animación, tan picante como chistoso. Pero ya que me faltan esas dotes esenciales en un escritor de costumbres, sirva de excusa a mi osadía el cariño que profeso a los discípulos de Hipócrates, a quienes algo debo, pues todavía estoy vivo y así mengua fuera y sobrada ingratitud el no dedicarles un artículo. Tomo, pues, la pluma, y despues de encomendarme a la indulgencia de mis buenos amigos los médicos, y a la paciencia del benévolo lector, principium sermoni dabo.... Ustedes han de perdonar si les hablo en latín, pero este latín lo entiende todo el mundo, incluso los médicos y los boticarios, que, con medias palabras en latín se entienden a las mil maravillas.

En nuestro país esencialmente agrícola, en vez de cultivar las ciencias y las artes que tienden a perfeccionar la agricultura y llevarla al estado floreciente a que por la feracidad privilegiada de nuestros campos está llamada, encontramos más cómodo, mas útil y sobre todo mas noble dedicarnos al estudio del derecho, al de la medicina, al de la farmacia y particularmente



al de la poesía, guiados sin duda por aquel conocido principio de que es preciso que todos vivamos, propios y extraños.

Gracias a Dios, no nos faltan poetas, pues tenemos para surtir a toda la América y aun nos sobrarán para nuestras delicias.

¡¡Abogados!! No hay mas que abrir la Guía de forasteros para pasar <sup>en</sup> revista la tremebunda cohorte que está encargada de cuidar de nuestros intereses, aunque sin dejar por eso de cuidar de los suyos, pues los abogados no se han estado quemando las pestañas estudiando el Digesto para luego hacer escritos de güagüa, cosa por demás indigesta.

¡¡Farmacéuticos!! Hay en cada calle dos o tres establecimientos piadosos a cargo de estos profesores que prestan al público tanta utilidad como a sí propios. ¡Cuánto adornan la ciudad esas odoríferas oficinas, con cielo raso dorado, armatoste de caoba, pomos de loza fina, mostradores elegantes sobre los cuales campean enormes redomas de cristal de varios colores, a manera de instrumentos de magia de física recreativa de algún jugador de cubiletes! Aquí se ven cajas misteriosas con sus correspondientes rótulos; allí urnas de cristal que contienen el imponderable aceite de alacrán o de lombrices o de otras sabandijas, toditas muy medicinales y sobre todo muy... caras. Mas allá un pomo de vidrio que encierra nada menos que una jutia comiendo un hicaco; aquí una redoma que contiene un enorme majá en aguardiente; en fin <sup>acá</sup> y acullá cuatro o cinco cajitas abiertas y a la disposición de los aficionados a las pastas pectorales, cuya virtud es tan notoria y cuyos resultados son tan poco nocivos, (lo que no se puede decir de todos los remedios).

¡¡Médicos!! Cada día se aumenta el número de los alumnos de Hipócrates, al paso que desaparecen los enfermos, tanto que si la cosa sigue así, a falta de gentes a quienes administrar drogas

y jarabes, tendrán que curarse a sí propios los médicos o recíprocamente, lo cual, creo que no harán jamás por motivos que ellos no ignoran.

Sucede, pues, comunmente, que a un hombre que tiene la fortuna de ser casado y que además es padre de dos hijos, lo cual es otra fortuna, viene la partera presurosa y con entusiasmo a anunciar que su esposa (del hombre) acaba de dar a luz un infante tamaño (aquí se esmera aquella profesora en señalar con ambos brazos). El recién papá, que, como dijimos, lo es ya de otros dos también robustos infantes, dá gracias a Dios, a sí propio y a su mujer por el aumento de prole y allá para su capote dice poco mas o menos lo que sigue: "Ya tenemos en casa a un futuro abogado y a un aspirante a farmacéutico.. pues señor, este angelito que acaba de regalarme mi muy cara esposa seña, será... médico: no hay remedio, o por mejor decir, tendremos quien nos dé remedios y con eso nos ahorraremos el pago de honorarios por escritos largos, los veinte reales fuertes por un simple jarabe simple y el consabido pesito de la visita.

En efecto, crece el niño, va a la escuela, es el mismo demonio, poco estudioso, travieso, en extremo aficionado a los dulces, a las pastillas y al orosuz. El papá deduce de todas estas cualidades que su hijo tiene grandes disposiciones para la medicina; y como no lo puede sufrir en casa, se lo manda entero y verdadero al maestro de escuela que ya lo tenía a medias es decir a medio pupilo.

Pasan años. El niño ya no es niño, sino un muchachón, con pelo a la romántica, bigote y pera de chivo que mete miedo. Entonces pasa a estudiar y todas a la vez, un sinnúmero de ciencias, de las cuales una sola bastaría para ocupar la vida entera de un hom-

bre aplicado, pero que al alumno tiene que saber, porque todas, todas le han de servir sino para curar a los enfermos, al menos para llegar a ser médico. Es de ver como por encanto, aprende, la botánica, la física, la química, la fisiología, la anatomía, la terapéutica, la... Señor... una infinidad de cosas mas fáciles de mencionar que de aprender.

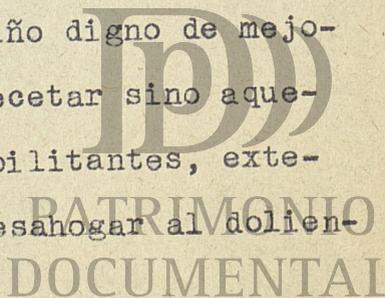
Si por desgracia, el alumno no tiene afición a la medicina y en vez de escubhar atentamente al catedrático, no asiste con puntualidad a las clases, prefiriendo ir a la inmediata confitería a refrescar, engulléndose para hacer boca media docena de pastelitos o choux a la creme y a fin de hacer pasar todo eso, una copa de granizado de naranja o un vaso de agraz; o también si el enemigo le tienta se pone a jugar unas cuantas mesitas de billar... ¡ay! ¡ay! de los enfermos que cayeren algún día en las terribles manos de nuestro Galeno!! Por eso, cuando queremos dar un voto de confianza a algún médico a quien no conocemos y nos decidimos a encomendarle nuestro cuerpo y nuestra existencia, preguntamos con sobrados motivos. ¿Qué tal? ¿Era buen estudiante?.

El que no toma estos informes demuestra menos interés por si propio que por las agencias funerarias y convengamos en que los aficionados a la filantropía no pueden exigir tamaño sacrificio; y regla general: no hay cosa peor para los enfermos que tropezar con médicos que en vez de haber hecho estudios profundos en la divina ciencia, se hayan entretenido en hacer versos, en enamorar muchachas, poniendo a los papás en un continuo estado de... alarma, o en pasar su tiempo en los cafés, o en el tiro de pistola, o en el campo cazando pájaros... Todo esto es de fatal agüero para los pobres enfermos.

Tan pronto como el bachiller en medicina recibe su diploma, busca la protección de algún médico de reputación, para que le acabe de enseñar lo que no sabe (por supuesto que hablo de lo que no sabe el bachiller) y le perfeccione en la humanitaria ciencia de curar. El médico protector franquea al modesto bachiller su biblioteca compuesta de cuantos libros sobre medicina se han escrito desde Hipócrates hasta nuestros días, es decir, de medio millón de gruesos volúmenes llenos de admirables teorías, lo cual prueba de un modo evidente lo mucho que han... sudado las prensas tipográficas.

Si el médico director es partidario del sistema antiflogístico, no permitirá que lea su discípulo sino las obras en que se prueba de una manera que no deja la menor duda que desde que el mundo es mundo hasta la fecha, esto es, desde que no había médicos y cada quisquis se curaba como Dios le daba a entender, y morían las gentes ni mas ni menos como ahora (aunque no en regla es muy cierto) el médico que no manda sacar sangre y no emplea (para los enfermos) las sanguijuelas y ventosas, no es digno de entrar en el gremio de la facultad, non est dignus intrare in docto corpore... siempre latines... de cocina, quiero decir, de medicina.

Empapado el alumno en tan sabias doctrinas, jura, cual otro Anibal, puesta la mano sobre un tomo de Broussais, odio implacable a todos los sistemas curativos pasados, presentes y futuros, y desde luego profesa a las sanguijuelas un cariño digno de mejores bibhos. Hace además firme propósito de no recetar sino aquellos remedios que señala la terapéutica como debilitantes, extenuantes y que tienden precisa y directamente a desahogar al dolien-



te de cuanta sangre tenga en el cuerpo para luego tener el gusto de irsela renovando (si es que escapa el enfermo) a merced de limonadas, suero, leche, huevos pasados por agua y cuando mucho — sopas de gato. La irritación... he aquí el enemigo; he aquí el — duende o sea coco que hay que combatir. Aquel jóven alumno, por lo demás de buena índole aun amable, no sueña sino con las sangrías, las sanguijuelas, las ventosas y no habla en todas partes mas — que de las irritaciones, de las sopas de gato, de los baños calientes, de aneurismas, de agua helada, de belladona, de gastro-ente- ritis, cefalgias, colitis, peritonitis, atrofias, etc.

Hasta en su misma casa, viene a ser el terror de su familia, queriendo curar a los buenos y sanos, para probar la eficacia de su sistema; pero como quiera que todo el mundo le zafa el cuerpo, ya es un inocente perro, ya un apacible gato, ora una incauta cotorra, ora un robusto cochino los que experimentan, con notoria — desgracia, los admirables resultados de su método.

Si el médico director protector es humorista, es preciso entonces declarar guerra a muerte a las sangrías, a las sanguijuelas, a los calmantes, al agua fría, al agua caliente, a las limonadas, a los baños, a los jarabes, a las pastas, a las tisanas y en general — a toditas las drogas de la botica. No hay más que penetrarse de — que nuestro cuerpo, objeto de la vanidad humana, es pura... o mejor dicho, impura corrupción y basura; y así es fuerza limpiarlo constantemente ni mas ni menos que nuestra casa que aseamos todos los días con la escoba. Y ¿cómo? Con purgantes y vomitivos, con ambas cosas a la vez o al menos alternando sucesivamente hasta que quede el cuerpo limpio como una patena.

Es de advertirse (entre paréntesis) que este sistema tiene pocos partidarios entre los discípulos de Hipócrates, sin duda desde que los enfermos se han convencido que para zamparse dos o tres cucharadas de Le Roy no se necesita llamar a ningún médico.

Si el caballero médico director es partidario del sistema de Raspail, hablará en estos términos al joven alumno: "Todos los achaques desagradables que afligen a la humanidad provienen de una multitud de bichos o gusanos enemigos del orden y de la tranquilidad del hombre, que han dado en la gracia de andarse paseando por nuestro cuerpo con la misma libertad que si estuviesen en su casa. Conviene, pues, desalojarlos... pero ¿cómo, dirás tú, - o joven alumno ¿cómo? por medio del alcanfor? No acierto a comprender como hasta la fecha, no habíamos dado con ese remedio - universal que es el único que cura todas las enfermedades. Muchos individuos ignorantes (sin ser médicos) conocían, hace siglos, la notoria eficacia del alcanfor, para destruir la polilla y otros insectos que se alojan en las gavetas de una cómoda o en los - escaparates; pero estaba reservado a Raspail el honor de hacernos conocer que el alcanfor y sus compuestos mata a los gusanos do quiera que se les pueda pillar. Viva, pues, tan admirable remedio, que, además tiene un olor muy agradable para el que le guste.

curativos

Et sic de cæteris... es decir, que de los sistemas adoptados por los médicos directores, resulta lo mismo. Cada cual pondera el suyo y asegura que el de su cofrade no sirve para maldita la cosa. Yo creo que todos tienen razón.

El bachiller, dócil a los consejos de su director acompaña a este en todas sus visitas y aun en sus ausencias y enfermedades

le sustituye, no apartándose ni un ápice de las doctrinas que le inculcara su sabio maestro. Esto lo alienta y aun se permite in occultis curar por sí y ante sí a algún enfermo, pero esto es muy raro y si lo hace es... sin ejemplar.

Guiado por las máximas y el ejemplo de su maestro, muda de costumbres, de carácter y aun de fisonomía. Se vuelve serio, gasta poca conversación, tiene trazas de estar siempre meditando acerca de las innumerables enfermedades que afligen a la humanidad, y de buscar remedios para curarlas. De un abogado vivo y hablador, dirán las gentes, cuando mucho, que es travieso y de ardiente imaginación y por supuesto muy propio para hacerse cargo de un pleito por desesperado que sea: de un médico locuaz, de genio alegre y que camina de prisa, dirá el vulgo: "es un loco; no le llamaré, por cierto, si tengo la desgracia de caer enfermo". Esto lo saben los médicos y por tanto se dominan, hablan poco, caminan con paso grave y su semblante revela, al parecer, como diría un escribano, los afanes y desvelos; y aun muchos gastan espejuelos a pesar de tener una vista de lince. Muy rara vez se permite al médico ciertas diversiones inocentes como los teatros y las sociedades filarmónicas, pues se lo impide el constante e ingrato estudio de la ciencia que profesa. Además ¿qué opinión formaría el público de un hombre cuya vida pertenece a los enfermos, si le viesen todas las noches en el teatro? Haciéndole sobrado favor, dirían - las gentes que no tiene aquel médico enfermos a quienes visitar o que no tiene amor a la carrera. El médico no debe tampoco ir a los bailes. El médico no baila: esto es indigno de su carácter, de su indispensable gravedad.

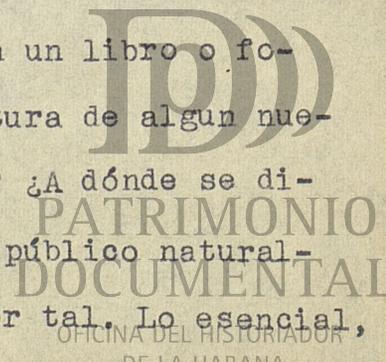
En fin ya nuestro bachiller es médico: ya vuela con sus propias alas, por su cuenta y... entonces, merced<sup>a</sup> algún complaciente loca-

PATRIMONIO DOCUMENTAL

lista que anda a caza de noticias con que llenar la sección que está a <sup>su</sup> cargo, puede leer cualquiera el párrafo siguiente: "Grado. Tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores que antes de ayer, previo un riguroso y lucidísimo examen, recibió el grado de licenciado en medicina el aplicado joven D. Luis Serato y Miel Rosada, a quien felicitamos cordialmente, deseándole el mejor éxito en su noble y árdua carrera. Vive... (aquí las señas).

El primer cuidado de nuestro tipo es proporcionarse, a costa de los primeros enfermos que caen bajo sus manos, una volante o quitrín flamante, con buenos arreos, robusto caballo y rechoncho calesero. Este aparato que nada tiene que ver con la ciencia médica es indispensable. El médico que visitase a pié, se daría todas las trazas de un corredor vendiendo granos de café o muestras de azúcar. La volante indica el gran número de enfermos; los arreos de plata anuncian la comodidad y lujo con que vive el médico que todo lo debe a sus admirables aciertos; en cuanto al rechoncho calesero y al robusto caballo son las pruebas vivas y palpables de que en casa del facultativo todos están gordos, buenos y sanos que dá gusto, desde el amo hasta el caballo, y cuenta que este último no cesa de trabajar todo el santo día, otra señal inequívoca de que el médico no puede con sus enfermos, es decir, no puede dar abasto con los dolientes aunque no tenga todavía ninguno. Con efecto en todas las carreras hay que pasar lo que vulgarmente se llama el año de noviciado, máxime en la de medicina en que pululan los médicos.

¿Veis a aquel hombre que va en un quitrín, con un libro o folleto en la mano, absorto, al parecer, en la lectura de algún nuevo remedio para curar la hidrofobia, vulgo rabia? ¿A dónde se dirige? Ni el mismo lo sabe. Lo esencial es que el público naturalmente curioso llegue a saber que allí va el doctor tal. Lo esencial,



95

pues, es darse a conocer, porque nadie quiere curarse con médicos desconocidos. Esto lo saben los médicos y por eso inventan mil ingeniosos arbitrios para adquirir reputación y crédito.

Ya es un comunicado suscrito por un amigo que estuvo agonizando, pataleando que metía miedo, con los preparativos hechos y el lío debajo del brazo para irse al otro mundo, avisada la agencia funeraria y ajustado el entierro de segunda clase, cuando... ¡o asombro! vino a habérselas con la inexorable Parca el joven licenciado D. Mamerto Mosca y en menos de quince días arrebató su presa a la diosa Muerte, restituyendo a la vida al comunicante que, en cuanto saltó de la cama, se apresuró a rendir el debido homenaje de gratitud a su joven salvador que vive en la calle de... tal... ne...

Ya es un soneto remitido y suscrito por una señora a quien el joven Dr. D. Ventura Bisturí, practicó la difícil operación de extraer siete golondrinos que no la dejaban dormir hacia la friolera de nueve meses. Dice así el soneto que es a fé tan bueno como los muchos que se publican todos los días en los periódicos.

Presa de horrendo mal, la sepultura  
Ante mis pasos débiles se abría;  
De Galeno a la ciencia resistía  
Mi perenne opresora calentura.

Hice del testamento la escritura  
Y de mis hijos ya me despedía,  
Cuando acercóse en venturoso día  
A examíname el sabio Don Ventura.

Aunque la fama le nombraba experto,  
Su remedio acepté sin esperanza;  
Porque ese don de levantar a un muerto  
Solo al Dios de los orbes se le alcanza.  
¡Me levantó en seis horas el bendito!  
Y estas gracias le ofrezco por escrito.

Como quiera que, según ya hemos dicho, pululan los vates en esta feraz tierra de Cuba, le es sumamente fácil a un médico

**PD**  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

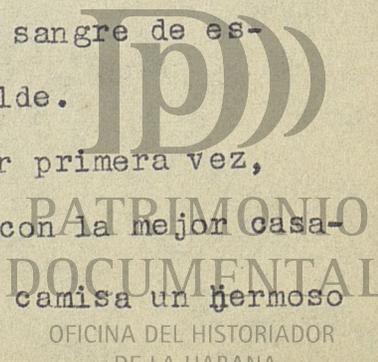
que quiera darse a conocer, granjearse la amistad de algún poeta complaciente que le obsequie el día de su santo con un par de sonetitos por el estilo del anterior y en los que asegura que el tal doctor es por lo bajo un Dupuytren, un Corvisart, un Magendie, un Velpean, etc. etc.

Ya es un anuncio pomposo redactado por el mismo facultativo en que participa a sus amigos y al público (cuya amistad anhela también) que por un método sumamente sencillo, fruto de una larga práctica y constante observación, cura todas las enfermedades conocidas y por noocer, endereza jorobas de nacimiento, vuelve la vista a los ciegos, compone brazos y piernas que es un primor, bate las cataratas en un abrir y cerrar de ojos, facilita la salida de los fetos, sin dolor ni lesión; posee el secreto para que las mujeres morosas tengan al fin el dulce consuelo de dar a luz media docena de muchachos robustos etc. etc. A los insolventes se les cura de oficio, o séase de güagüa.

Al día siguiente se llena la casa de nuestro Galeno de una legión de ciegos, de paralíticos, de jorobados, de cojos, de tuer-tos, de mancos, de negras viejas, de chinos que dan compasión.

Otro de los ingeniosos medios para adquirir crédito es la invención de algún jarabe especial para poner el hígado como nuevo; o de alguna pasta maravillosa para los catarros que se pronúncian en los pulmones; o de algunas píldoras que limpian la masa de la sangre mejor que con una escoba; o de algún unguento, prodigioso que es lo que hay para las almorranas y la sangre de espaldas. El caso es ver su nombre en letras de molde.

Cuando el médico va a visitar a un enfermo por primera vez, tiene sumo esmero en su toilette, engalanándose con la mejor casa- ca y luciendo en la bien planchada pechera de su camisa un hermoso



alfiler de brillantes. Entra en la casa, por supuesto armado del consabido bastón con borlas, con suma gravedad y circunspección, - si bien deja asomar en sus labios dulce sonrisa, como prueba de su amabilidad y también para tranquilizar en cierto modo al pánico terror que infunde siempre en una casa la presencia de un médico. Se acerca al doliente y al mismo tiempo que le toma el pulso, echa una mirada distraída a la mujer del paciente y si este es rico, - lo cual se conoce por el aparato y lujo con que está adornada la casa, suele entonces sacar el reloj, frunce las cejas, se muerde los labios, vuelve a tomar el pulso con la diferencia de que la mano que toma ahora es la derecha y antes era la izquierda.

La esposa - ¿Qué opina V. señor doctor?

El doctor - (guiñando el ojo a la esposa) - Esto no será nada... nada... cuando V. me mandó a avisar, estaba yo en una junta... aun es tiempo de combatir la enfermedad..

La esposa - Mi marido es muy aprensivo. Yo creo que lo que él tiene es un fuerte catarro...

El doctor(sonriéndose) - No es mal catarro, señor~~a~~ ~~m~~ía... algo más... pero...

El doliente (asustado) - ¿Estoy de peligro, doctor? (a la esposa) No te lo dije, Chona ~~m~~ía, no te lo dije...

El doctor.- Animo, ánimo... voy a recetar un jarabe... procure V. sudar, a bien que agregaré una bebidita que... hasta la noche...

(El doctor saluda al enfermo y pasa a la sala seguido de la señora).

El doctor - Mucho temo una reacción, señor~~a~~ ~~m~~ía, porque en estos catarros pulmonares, no parece sino que la enfermedad quiere jugar con nosotros al escondite. El cerebro está amagado...

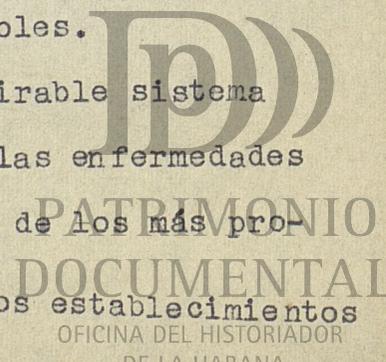


¿Me hace el favor de darme papel y... ¡ah! ya sabe V. que debe mandar a la botica del licenciado Pildorín. Es hombre de conciencia, aunque lleva por sus drogas mas caro que sus cofrades... pero él no vende gato por liebre (receta) ¡Ay! señora, los enfermos no nos dejan vivir y sin embargo no faltan gentes que digan que somos nosotros los médicos los que no dejamos... ¡Bah! Mire V... tengo que ir ahora a ver a la marquesa de... y luego al conde de... y antes de ir a comer estoy citado para una junta en casa de doña Sinforosa Clito, que está con un histérico de muerte. ¡Ah! señora... ¡qué ingrata carrera es la nuestra! A los pies de V.

Como el doliente no tiene sino una mera flucción, se pone bueno, pero como es rico, se pone bueno lo mas tarde que puede... el doctor que ha tomado tanto cariño al enfermo que quisiera verle toda su vida dos o tres veces al día.

Si apesar de sus esfuerzos para alcanzar reputación y crédito no logra nuestro tipo que el público lea los comunicados, los sonetos ni los anuncios, entonces muda de... sistema y deserta las antiguas y veneradas banderas de la alopátia, pasando a ser un furibundo y entusiasta partidario de la homeopatía, cuyas maravillas proclama, confesando que hasta la fecha todos los médicos (¡incluso él) han sido unos bolos administrando brevajes, tisanas mas o menos repugnantes, enormes píldoras, panaceas etc. y haciéndose los suecos a la voz de Hannemann, al sapientísimo inventor de los globulitos y de las dōsis casi invisibles.

Si esto no basta, se declara defensor del admirable sistema del agua fría o sease hidropatía que cura todas las enfermedades como por encanto. Este método, en efecto, es uno de los más prodigiosos de este siglo. Cuéntase que en uno de los establecimientos



9

hidropáticos de Berlín fué acometido un hombre de un cólico desen-  
frenado. El médico le mandó que se echara al agua. Hízolo así el  
doliente y... o asombro! antes estaba con el cuerpo doblado bajo  
el peso del mas violento dolor... pues bien le sacaron del baño  
tieso... como una tranca.

Sin embargo, la experiencia ha demostrado que el mas eficaz  
arbitrio que puede adoptar un médico que anhela fama y sobre todo  
dinero, es el de viajar a luengas tierras y al cabo de dos o tres  
años volver a su patria. Si trae de allende instrumentos, libros  
primorosamente encuadernados, botiquines completos etc. si nos  
puede probar a fuerza de repetirlo que ha sido comensal del ce-  
lebérrimo Dr. tal y amigo del sapientísimo Dr. cual; si a esto se  
agrega que champurrea el alemán, el inglés o el francés, si final-  
mente celebra con entusiasmo todo lo que vió o no vió del otro --  
lado del golfo, entonces es seguro su triunfo. Bueno es también  
que traiga de allá algún específico universal de prodigiosos resul-  
tados, algún elixir o Rob o panacea a cuando menos algún urgüen-  
to para los callos.

Nuestro héroe deberá hacerse de rogar para ir a visitar a los  
enfermos; llegará el último a las juntas, hablando en ellas de --  
todo menos de medicina y adhiriéndose siempre a la opinión del --  
médico de cabecera, única persona que se permite ocuparse allí de  
la salud del pobre enfermo.

Debe cuidar también nuestro tipo de cultivar la amistad de --  
uno o dos farmacéuticos a quienes protegerá y cuya pulcritud, con-  
ciencia, habilidad y esmero ponderará en todas partes. A su vez --  
agradecidos aquellos boticarios hablarán acerca de nuestro médico  
con tanto entusiasmo y tantos elogios, que a fé, que le entrarán

100

deseos a cualquiera de caer enfermo para tener el gusto de ser curado por tan famoso doctor.

Cuenta el histoso autor de la fisiología del Médico, que la invención del sistema hidropático se debe a los enojos de un vengativo doctor en medicina a quien negó la mano de su hija un boticario que había tenido la habilidad de transformar en buenas y sonantes onzas de oro cuatrocientas tinajas de agua de chicorea o de borrajas. ¡¡Tantaene animis doctoribus iroe!!

Tanto a los caballeros médicos como a los Sres. farmacéuticos les conviene, pues, vivir en santa paz y armonía, ni mas ni menos que a los jueces con los escribanos y a los escribanos con los oficiales de causas; todo en obsequio de sus intereses como --- en los del público... que es el que al fin y al postre paga las costas.

No pocas veces acontece (y esto, sea dicho de paso tiene lugar en todos los países civilizados, esto es, donde hay muchos médicos), que la Discordia con su infernal aliento infunde en los discípulos de Hipócrates el espíritu de cabala, de rivalidad y de odio recíproco y sacude sobre ellos su horrible cabellera erizada de venenosas serpientes. Aquí fué Troya. El alópata, el hidrópata, el raspailista, el brownista, el rasorista, el broussista, el homeópata, el humorista etc. como perros y gatos, viven en continua lucha, obsequiándose mutuamente con mandobles a diestro y siniestro, cada cual en defensa de su sistema, tratándose de una ciencia tan oscura, que el mas lince camina a tientas, dando palos de ciego a todo bicho viviente, eso sí, con las mejores intenciones. Ibant obscuri sola sub nocte per umbras.

Ahora bien. ¿A quienes constituyen por jueces, en tan intrin-

cada contienda? Al público. ¡Ojalá pudiera éste dirimir con acierto la discordia y saber en tan peliagudo juego con que cartas gana y con que cartas pierde!

Una vez adquirida la reputación que tanto ha anhelado, nuestro héroe puede prometerse un provenir halagueño y una vida llena de placeres, si bien no pocas veces se ven turbados éstos, por las visitas que tiene que hacer a sus numerosos enfermos; pero aun esto acrecienta su nombradía, y por supuesto su peculio. Tiene nuestro doctor entre sus clientes a dos que están ya, como si dijéramos, cada cual con el pié derecho en la sepultura y el izquierdo asido por nuestro Galeno. Este se halla en el teatro oyendo verbi gratia la deliciosa cavatina de Elvira en el Hernani. Llega súbitamente y jadeando un caballero, recorre con la vista la inmensa platea del coliseo, vé a nuestro doctor, se acerca a él y le dice al oído: doctor, el enfermo está delirando... por Dios... venga V. un momento... un minuto... ahí está el carruaje.

- Bravo, bravo... grita el filarmónico doctor aplaudiendo...

- Por Dios, doctor...

- Bravísimo... (al caballero) voy... voy... despues del duo...

Mientras tanto, puede V. mandar en mi nombre que le apliquen al enfermo sínapismos volantes y ladrillos... y... (a un filarmónico) Que bien ha cantado esta noche la prima donna... sobre todo el trino... (al caballero) Vaya V.... ah! ... que vayan a la botica y que pidan un caústico del tamaño de mi mano... y dos docenas de sanguijuelas..."

En esto llega otro caballero con la misma pretensión.

- Doctor, se nos vá, se nos va... desde la última sangría está peor...



pues señor... tendrá Vd. la bondad de espensarme... para el papel sellado, firmas, poder etc. etc. Presumo que V. no es insolvente...

- ¡Ah! doctorcito de mi corazón... ¡ojalá no lo fuera, pero tengo.

- Veamos, veamos lo que V. tiene...

- Tengo una porción de testigos que asegurarán que no poseo ni un chico...

- ¡Ay! ¡ay! ( a parte). Malo! (alto) Ya esto muda de aspecto, amigo mio. Para meterse a litigante... sobre todo en materia criminal, es preciso tener siquiera para los gastos indispensables... todo, por su puesto, a reserva de reintegrarse luego... pues, si señor... bien mirado el negocio... una bofetada no pasa de ser así... una bofetada que.... al fin... eso no es nada... quizás en un momento de exaltación... las circunstancias atenuantes... la... el... los... las... Si Vd. supiera cuantas bofetadas se han dado y aun se dan por ahí por gentes groseras y villanas. Lo mejor es abandonar eso a un desdeñoso olvido... creamo V.... con que... que Vd. lo pase bien... estoy muy atareado.

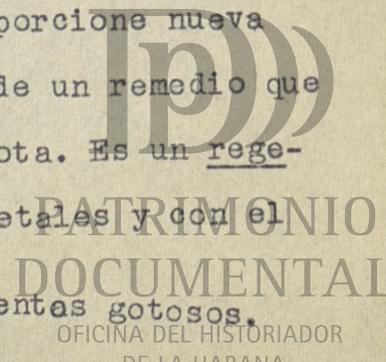
Trasladémonos ahora, benévolo lector, a la morada de uno de esos doctorres de fama y de crédito que tanto abundan.

- Señor doctor, estoy, hace mas de un año padeciendo unos dolores reumáticos que me dan muy malos ratos...

- Caballero, me alegro...

- ¡Cómo!

- Por supuesto. Me alegro mucho de que se proporcione nueva ocasión de experimentar los prodigiosos efectos de un remedio que he inventado para los reumáticos y aun para la gota. Es un rege-nerador universal de la sangre, compuesto de vegetales y con el cual he tenido el gusto de curar a mas de trescientas gotosos.



Cada botella cuesta doce pesos... pero crea V. que el precio es sumamente módico, atendida la sin igual calidad de los ingredientes de que se compone mi regenerador. Con veinte y cuatro botellas tiene V. bastante para limpiar la masa de la sangre de las impurezas que en su curso lleva. ¡El reumatismo!... cuidado con eso... si V. quiere, enseñare a V.... una botella...

- El caso es, señor doctor, que yo soy un pobre... y no digo veinte y cuatro botellas, pero ni aun una cucharada de ese regenerador puedo costear...

- ¡Ah! pues entonces, caballero, tome V. baños del mar... y... eso no es nada... el reumatismo molesta, pero no es peligroso... V. disimulará... , voy a ver a doce o trece enfermos de gravedad... así es que...

- Pero doctor...

- Que V. se mejore...

Inútil es decir que si los dolientes y los litigantes son ricos, los diálogos son mas largos y sobre todo mas interesantes para... los médicos y para los abogados.

Hasta ahora hemos descrito un tipo cuya vida, carácter y hábitos guardan casi, casi, una identidad notable con todos los de su clase en el orbe entero; pero recordará el benévolo lector que hemos salvado en el prospecto de la presente obra, ese inconveniente, prometiendo amoldar ciertos tipos generales de la sociedad a las costumbres de la nuestra en particular. Con efecto, el médico en todas partes es médico y a fé que es carrera la de los dichosos hijos de Hipócrates que se halla mas al abrigo de las vicisitudes de la suerte y de los azorosos vaivenes de las revoluciones. En todos los países hay enfermos... y de consiguiente

- Que le den otra.. eso no es nada... yo pasaré a verla dentro de una hora...

- Doctor de mi alma... venga V., se lo pido por aquel angelito barrigón hijo de Vd.

Aunque poco sensible en general, por el caro nombre invocado, accede nuestro galeno a seguir, no sin visible disgusto, al importuno caballero.

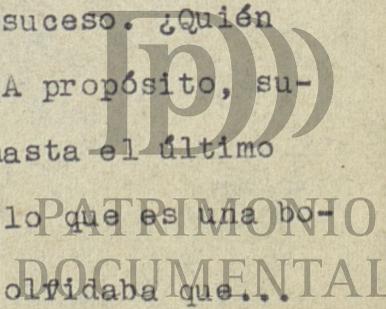
- Ahí va el Doctor Yodo, dicen algunos concurrentes. ¡Caspita! y ¡qué de enfermos tiene! No le dejan gozar de la opera.

- ¡Oh! exclama otro, pronto volverá... con una receta mas... ya está el enfermo del otro lado. ¡Parece increíble!.

Los medicos y los abogados tienen ciertos puntos de semejanza, tanto mas notables, cuanto que por otra parte se diferencian en el genio y costumbres. Ya hemos dicho que los abogados generalmente son vivos y locuaces al revés de los médicos que son graves y taciturnos, sin embargo de que hay alguno que otro que no deja meter baza en su casa ni a la cotorra... ¿qué digo?... ni a su cara costilla, que creo es cuanto hay que decir. Ahora bien, veamos cuales son las circunstancias que constituyen esa semejanza de que hablamos.

Supongamos que va a consultar a un abogado un proletario, vulgo, insolvente para que le defienda su pleito que trata de entablar contra un individuo que le diera una bofetada.

- ¡Cómo! ¡han dado a Vd. una bofetada! Esa es cosa seria, amigo mio; un pleito criminal!!... Cuénteme Vd. el suceso. ¿Quién fué el agresor audaz que, ... tome Vd. asiento. A propósito, supongo que esta Vd. resuelto a llevar las cosas hasta el último extremo. Bien hecho. ¡¡Una bofetada!! ¿Sabe Vd. lo que es una bofetada?... a bien que debe V. saberlo... se me olvidaba que...



se necesitan médicos, aunque sean originarios del celeste imperio; prueba de ello es el inclito y nunca olvidado Zanzi, que, sin saber mas que decir dos pesus se llevó a su tierra 39.000 pesitos, fruto de su talento. ¡Talento! Si señor... que talento es y muy real y efectivo al ganar en menos de un año esa no tan despreciable suma, máxime en un país donde abundan médicos sapientísimos que desgraciadamente ignoran el chino.

Fuerza es confesar, empero, que nuestros médicos, en general son estudiosos, desinteresados y humanos. Los hay y no pocos de ciencia y conciencia, si bien otros, adoptando, con mas entusiasmo que reflexión los últimos sistemas médicos, cual el elegante que se cree obligado a vestirse a la derniere mode, llegan a inspirar no solo poca confianza a los enfermos, sino que ellos mismos, caminando de continuo en las tinieblas de la duda, concluyen por no creer en nada. Mas diré y esto en obsequio de los médicos cubanos, estos no saben ser charlatanes... digo y teniendo tantos cofrades que en esto de embaucar al prójimo, pueden servirles de modelos, pues, si bien es cierto que han visitado nuestras hospitalarias playas algunos doctores en medicina y cirugía dotados de verdadero e innegable mérito, en cambio no pocos enfermos incautos han sido víctimas de su espíritu de novelería por haber encomendado su salud a Dulcamaras tan ignorantes como impudentes.

Concluiremos este mal trazado tipo repitiendo lo que pregona la Fama con respecto a nuestros benditos hijos de Hipócrates. Dicen que son muy enamorados... no solo los jovenes, sino los viejos... (estos en mi concepto son mas peligrosos) pero... prescindiendo de que el amor es la pasión mas noble del hombre... y por su puesto también de la mujer... el clima... la ocasión...

el ahinco laudable de estudiar a fondo las infinitas maravillas de la naturaleza. Además, la carrera es ingrata y el camino por donde transita el médico, no ha de verse siempre cubierto con funerales cipreses y justo es que alguna que otra flor le consuele en su triste y penosa peregrinación en este mundo, donde hay tantos farsantes... como los médicos no ignoran.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA